

## Cuentos

LILY ANN MARTIN

### La caja

Alguna vez había sido roja y nueva y contuvo orgullosa un par de mocasines número 42, con flecos. Con el tiempo se le gastaron los bordes, se le arrugó la tapa, adquirió un color rosado opaco y se convirtió en el bien máspreciado de Arévalo, que la llevaba a todos lados bajo el brazo y que la siguió usando aun cuando los zapatos que habían venido con ella no fueran más que un lejano y borroso recuerdo.

Arévalo guardaba allí estampillas, boletos viejos, figuritas, recortes de diarios y revistas, cartas de amor, programas de teatro, fotos y algunas poesías que había escrito a los veinte años, cuando era un joven militante que creía en el futuro y en el amor. A los cuarenta y siete, gordo, petiso y calvo, seguía creyendo en el amor, a su manera, y en el futuro, también a su manera, simplemente esperándolos.

Se había prometido a sí mismo que aquella que por casualidad abriera esa caja sería la mujer de su vida y que se casaría con ella sin dudarlo, inmediatamente. Para eso contaba con la natural curiosidad del sexo femenino, pero no con su discreción. Y le sucedía muchas veces que le preguntaban qué llevaba en esa caja, pero que, ante su silencio, ninguna se atrevía a abrirla.

A esa altura, después de deambular con la caja por más de quince años, había empezado a intentar for-

zar apenas el destino y admitía algunas concesiones a su cábala. Entonces, cuando atravesaba una aduana, por ejemplo, elegía entre todas las empleadas la que le gustaba más y con fingida naturalidad depositaba la caja sobre el mostrador, justo frente a los ojos de la chica y esperaba, con el corazón latiéndole a mil, que como parte de su rutina la mujer se decidiera a revisarla. Pero ese truco también le falló varias veces, sobre todo desde que habían inventado esa maldita máquina de rayos X, a través de la cual su caja era arrastrada sin más, entre tanto bolso de mano, entre tanto perfume de free shop y zoquetes y dentífrico y revistas *Gente* compradas a último momento para no aburrirse en el avión. Suspirando, pensando "otra vez será", Arévalo volvía a colocarse la caja bajo el brazo redondo y salía del aeropuerto a ocuparse del resto de su vida.

Cuando conoció a Mimí estaba triste y borracho y repetía en voz alta frases que el pobre mozo parado junto a él no alcanzaba a entender del todo. Hablaba de que la suya era la caja de Pandora porque contenía todos los males del mundo, hablaba de la soledad y de la desesperación.

Mimí no había tenido una buena noche de negocios, principalmente porque la selección argentina había perdido vergonzosamente en el primer partido luego de que Maradona fuera expulsado del mundial por su fracaso en el test antidoping, y las calles estaban tan desiertas como el bar sobre la avenida Corrientes, en el que sólo había dos mesas ocupadas: la de la ventana por tres

chicas a quienes, evidentemente, el fútbol las tenía sin cuidado y la del fondo por Arévalo, que ya iba por la cuarta ginebra y no parecía tener intenciones de parar.

Mimí consideraba que Buenos Aires era una ciudad deprimente de por sí, con su tradición de tangos y lamentos, pero pensaba que era aún más decadente y apocalíptica cuando ni siquiera había goles que festejar y los hombres se reclusían en sus casas, con los televisores apagados a los golpes y mujeres indiferentes preparando la cena.

Había entrado al bar cansada de caminar y, sin saber muy bien por qué, se sentó en la mesa de Arévalo. El mozo se alejó y Mimí escuchó durante casi tres cuartos de hora las húmedas palabras del hombre, bebiendo de a ratos del mismo vaso hasta que él se cansó de hablar y de llorar y ella pudo convencerlo de que fuera al baño a lavarse la cara, hacer pis y acomodarse un poco la camisa y la corbata.

Cuando a los pocos minutos Arévalo salió del baño caminando zigzagueante, se encontró con que Mimí había puesto la caja sobre la mesa, la tapa descansaba sobre una silla, y sus manos, rápidas y hábi-



les, revisaban papeles, sacaban fotos que apilaban a un costado y resolvían con total desinhibición las pertenencias que él había conservado con tanto cuidado durante tanto tiempo.

—¿Se puede saber para qué guardás todas estas porquerías? — le preguntó sin siquiera mirarlo.

—Para vos, mi amor —le dijo, echándose a reír.

Un mes después, acostados en una posada de paredes blancas y dueños argentinos, Arévalo le contó toda la historia de la caja, y esta vez era Mimí la que reía y le besaba la cabeza despojada y le decía cosas al oído y era feliz porque estaban en Brasil y ella siempre había soñado con una luna de miel.

## Lupus

Todo parece tan natural, como siempre que no se sabe la verdad.

*Julio Cortázar*

La primera vez que Aristóbulo encontró una pulga caminando por su frente y la mató, aplastándola casi con piedad entre pulgar e índice, no supo que se trataba de una pulga, desde luego. Sacudió la mano bajo el chorro de la canilla del lavamanos y se miró al espejo. No estaba mal: rubio, alto y musculoso, con tiernos ojos de perro siberiano, como le habían dicho más de una vez desde que habían empezado a ponerse de moda, pobres, tan exiliados, tan en el extremo opuesto del planeta, donde los treinta grados del verano portefío debían hacerseles mucho más crueles que tirar de cualquier trineo cargado con veinte esquimales alimentados en base a grasa de

ballena.

Dos horas más tarde, en medio de su clase de Derecho Romano, la picazón volvió con más intensidad, y sin apartar los ojos del libro que el licenciado Medina leía con voz monótona y cansada, se llevó la mano a la cabeza y se rascó hasta lastimarse el cuero cabelludo.

A la vuelta de la facultad había una farmacia. “¿Será posible que me haya contagiado piojos a esta altura de la vida?” pensó, mientras arrancaba el numerito en la puerta del local. Compró una loción y un champú decidido a iniciar el tratamiento esa misma noche cuando volviera a su casa.

Estela ya había notado algunos cambios, pero como tantas otras cosas que le sucedían en la vida, era incapaz de ponerlos en palabras. Se limitaba a esperar a que otro lo hiciera o a que, sencillamente, se fundieran en la costumbre hasta desaparecer. Una noche que estaban en el cine, llevada quizá por el aburrimiento que le causaba la película (a diferencia de Aristóbulo nunca le había gustado Woody Allen), empezó a acariciarle la cabeza con ternura y recién a la tercera o cuarta vez que hundía sus largos dedos en el cabello de Aristóbulo, percibió que la textura había cambiado. Luego, al prestar un poco más de atención, descubrió que la sensación no era uniforme, sólo en algunos sectores el pelo era más grueso, como pastoso, completamente distinto a la fina y suave cabellera dorada que sus manos solían recorrer y de la que sus dedos se habían enamorado tal vez antes que ella misma.

No dijo nada. A Aristóbulo le molestaban los comentarios en el cine y mucho más si no se referían a la película. Y para cuando llegó el café, sentados en una mesa frente a la ventana en una confitería de la esquina,

y llovía y él repetía algunas frases inolvidables de Diane Keaton, mirándola con sus ojos transparentes, ella ya se había olvidado completamente del asunto.

Los días pasaron en aparente calma y a simple vista todavía no podía detectarse que, oculto e inapetible, el fenómeno seguía su curso.

Los productos químicos que combaten la pediculosis tienen, por supuesto, mucho en común con sus semejantes, aquellos que se ocupan de exterminar parásitos externos en los animales. Por lo que el tratamiento que Aristóbulo se aplicaba con rigurosa puntualidad acabó con la comezón y, al cabo de un tiempo, con los extraños habitantes de su rubia testa.

Por eso también fue muy lógico que él atribuyera a un efecto colateral la transformación, ahora bien visible, que estaba sufriendo su cabello.

Alcanzándole la sección deportiva de *Clarín*, su madre se lo dijo una mañana mientras desayunaban.

—Tenés el pelo más oscuro, Aris.

Pero no era sólo el color, ahora más caramelo opaco que amarillo, sino principalmente la textura, esa resistencia a la caricia y esa forma de venírsele a la cara con cierta rebeldía jopística estilo años '50. Al principio fueron sólo algunos mechones aislados, luego poco a poco fue invadiéndolo todo, hasta la zona de la nuca en la que Aristóbulo notó que algunas veces se le ponía la piel de gallina y los pelos se le erizaban, sobre todo cuando daba exámenes orales.

Cuando terminó de rendir y el calor se hizo francamente insoportable en la ciudad, se afeitó la cabeza y así recibió la Navidad y el Año Nuevo ante la mirada atónita de la parentela que temía que se hubiera enrolado en las filas de algún grupo

neonazi de los que abundaban entonces. Estaba cada día más hosco y malhumorado, dormía siestas eternas y podía pasarse horas sentado en una silla mirando por la ventana y rascándose detrás de las orejas.

—¿Sabés cuál es el problema con ese chico? —gritaba el padre desde la cocina para que él pudiera escucharlo en su cuarto—. Pasa que es un vago de mierda, eso pasa. Yo a su edad me levantaba a las cinco de la mañana y me rompía el lomo laburando y... y el resto ya lo sabía de memoria.

Estela también se había dado por vencida. Cuando salían los fines de semana y ella le pedía que fueran a bailar como antes, Aristóbulo no le contestaba, apenas se limitaba a agarrarla de un brazo y meterla en un taxi hasta la costanera sur donde noche tras noche devoraba parrilladas enteras.

Últimamente siempre tenía hambre y a Estela le daba asco esa costumbre reciente de mojar el pan en el jugo de la carne y llevárselo a la boca con la misma lujuria con que antes solía besarla a ella.

Por eso cuando él le dijo que se iba a pasar unos días solo a la quinta de Lobos, en la provincia de Buenos Aires, ella asintió con más alivio que tristeza.

Su madre lo encontró haciendo el bolso cuando volvía de cobrar la jubilación de la abuela. Aristóbulo le dijo que estaba cansado y que necesitaba despejarse. En la quinta de

Lobos habían pasado muchas vacaciones durante su infancia, seguramente tomaría sol y se bañaría en el tanque australiano; a su madre le pareció una buena idea.



—De tu padre me encargo yo, no te preocupés —le dijo, doblándole un buzo porque en las noches allá sabe refrescar bastante ¿sabés?

El micro estacionó junto al andén desierto de la terminal. El casero Rodríguez lo estaba esperando para llevarlo a la casa. Se acercó con su cara curtida por el sol, le atajó el bolso, lo abrazó y lo grande que estás pibe y cómo está la familia y lo de siempre.

Cuando anocheció, varias horas más tarde, y Rodríguez se retiró a la casita de huéspedes después de darle las instrucciones pertinentes, Aristóbulo se sintió de pronto extrañamente feliz. Lejos de los reproches de su padre, de la insípida complacencia de su madre y de la indiferencia de Estela, por fin podría abrir la ventana y apoyar las manos en el marco y levantar la cabeza y respirar hondo y aullarle a la luna todo lo que quisiera.

## Matilde

Mi hermana y yo, que siempre fuimos a colegios ingleses y que leímos todos los clásicos, no sé, Dumas, Brontë, Dickens... estamos paradas en medio de esta sala velatoria de paredes azules. Matilde ha muerto y estamos esperando que traigan el cajón, pero mi hermana tiene miedo. Siempre tiene más miedo que yo y se le nota. Creo que está pensando cómo vamos a hacer para volver a casa desde este barrio recóndito cuyo nombre ya ni siquiera recuerda, y la verdad es que yo tampoco lo recuerdo, pero soy más lógica y pienso que si llegamos hasta aquí vamos a poder volver a casa después, cuando todo haya pasado.

Pero en realidad no es en eso en lo que pienso sino en Matilde. Miro

el hilo tembloroso del que pende el paquetito de masas que sostiene mi hermana, y pienso en que Matilde lavaba las manchas de sangre de nuestras bombachas, limpiaba los inodoros de casa, sacaba los nudos de pelos que se acumulaban en la rejilla de la bañadera. Quizás sea por eso que vinimos y no por cumplir como le dijimos a mamá: tenemos que ir, se lo debemos, si no qué va a decir la gente, mamá, después de tantos años.

No sé por qué trajimos las masas y los sándwichs de miga, creo que nos daba no sé qué caer con las manos vacías. Y menos mal, pienso, porque hace rato que estamos acá y ni siquiera nos han ofrecido una taza de café, y dentro de un rato ya va a ser la hora del almuerzo, aunque en este lugar tan cerrado, sin ventanas y con las luces prendidas, es muy difícil saber realmente qué hora es.

En la sala de al lado deben estar los parientes, los vecinos, creo que todavía no nos vieron. Se escuchan sus voces y de vez en cuando algunas risas; me llama la atención que nadie llore. Las dos hemos estado en muchos velorios, estos últimos años han sido una desgracia para la familia, pero de alguna manera sabemos que éste es diferente. Hay algo extraño en este lugar, en esta gente a la que todavía no hemos conocido, hay algo raro en la muerte de Matilde empezando porque nadie sabe cómo ocurrió.

Le señalo a mi hermana unas sillas contra la pared y con cierto alivio se deja caer en una de ellas. Yo me siento al lado y la miro con un poco de lástima. Nunca le gustaron los lugares nuevos, las situaciones desconocidas, y el pánico le desfigura la cara.

De golpe se abren las puertas. Mi hermana se sobresalta. Yo me paro

sin saber muy bien qué hacer salvo mirar. Traen el cajón empujándolo sobre un carrito con ruedas. Lo ponen justo delante nuestro y levantan la tapa. Nunca vi un ataúd de madera tan clara, debe ser pino o algo así. Mi hermana saca un pañuelo con encaje y sus lágrimas empapan las iniciales bordadas.

Matilde tiene los ojos cerrados, una pollera escocesa que era mía, un suéter de mamá y está descalza. Me acuerdo que le encantaba andar descalza y cuando barría los pisos a veces levantaba pelusas y papeles con los dedos del pie.

Los parientes se acercan y se ubican alrededor. Yo nunca había visto a un leproso antes, ni siquiera en la iglesia, pero cuando éste se acercó lo supe enseguida. Ahora está parado frente a los pies de Matilde y se los está tocando. Le acaricia las piernas. No quiero mirar a mi hermana y sólo espero que pueda reprimir las náuseas. Por primera vez, desvío los ojos hacia el resto del grupo. Y entonces descubro con horror que nadie, ninguno de ellos, salvo el leproso, está mirando a Matilde. Con desesperación, con impotencia, comprendo las raíces de nuestro miedo. Todos, absolutamente todos, viejos, jóvenes y niños, sucios, flacos y feos, nos están mirando a nosotras. Incluso aquella mujer canosa y arrugada (algo me dice que es la que nos avisó por teléfono), ella también nos mira y sonríe sin dientes. Pero tampoco es tan así, en una segunda ronda observo nuevamente cada par de ojos. No es a nosotras a quienes miran, sino a nuestras manos, o mejor dicho, a lo que llevamos en las manos.

Siento la respiración entrecortada de mi hermana, pero no me atrevo a mirarla, no sé si ha comprendido. Frente a mí hay una mujer embarazada que se parece un tanto a

Matilde, sólo que es más joven y más fea, sus rasgos son una versión apurada y mal hecha del rostro de Matilde. Presiento que desde su vientre hinchado hay otro par de ojos achinados que me observan.

Me acuerdo que a Matilde no le gustaba su nombre, siempre nos decía que era nombre de mantel a cuadros rojo y blanco, entonces yo le cantaba la canción de Harry Belafonte, "Matilda", que estaba tan de moda cuando éramos jóvenes, y le decía que era nombre de orquídea negra y ella se reía.

Pero acá no hay música ni risas sino silencio y miradas que son como cuchillos que se clavan en nuestras manos. Hay tanto silencio que el ruido que hago con el papel de los sándwichs domina toda la sala. Mecánicamente, como si supiera lo que estoy haciendo, corto el hilo y desenvuelvo el paquete. Apoyo la bandeja de cartón sobre la panza de Matilde y luego me doy vuelta.

Mi hermana está pálida y tiene los ojos llenos de lágrimas, se deja sacar el paquetito de las manos como si ella también fuera un cadáver. La cinta roja de las masas es más fácil, la puedo desatar sin romperla. Ahora me muevo un poco más segura, debe ser por eso que puedo hacer un bollo con el papel. Pongo esta segunda bandeja, que es un tanto más chica, sobre la pollera, a la altura del pubis de Matilde. Ahora la dirección de las miradas ha cambiado y

entonces comprendo que hice bien. Tomo a mi hermana del brazo y, lentamente, nos vamos escurriendo hacia atrás. Pobrecita, siento que está a punto de desmayarse cuando por fin cruzamos la puerta.

Afuera es un hermoso día de invierno, frío pero con sol. Caminamos sin soltarnos por la calle de tierra hasta la esquina. Alcanzo a ver que en la otra cuadra hay un kiosco. Perfecto, allí voy a preguntar dónde podemos tomar el colectivo de vuelta.

—Había bajado mucho de peso, ¿te fijaste? —me pregunta mi hermana.

—Sí —le contesto—. Y tenía cara de cansada.

